

Queridos colegas y amigos

El CIG, en su reunión del 1 y 2 de julio de 2017, decidió el tema de la Jornada de Escuela, que tendrá lugar durante nuestro VI Encuentro Internacional de la Escuela el día 13 de septiembre de 2018, en Barcelona.

El tema es: La Escuela y los discursos

Marc Strauss ha desarrollado la presentación del tema, los días 24 y 27 de noviembre, en Toulouse el CIG decidirá sobre la forma de organización de la jornada.

Anne López y Marcelo Mazzuca

Por el CIG

PRESENTACIÓN VI ENCUENTRO DE ESCUELA BARCELONA 2018

LA ESCUELA Y LOS DISCURSOS

MARC STRAUSS

(02- 09- 2017)

“hay para ustedes – deberían quererlo- otra forma de pasar su revuelta de privilegiado: la mía, por ejemplo. Lamento solamente que tan pocas personas que me interesan se interesen por aquello que me interesa”
(J. Lacan, *Ornicar 49*, p. 7)

La fundación por Lacan, de su Escuela de psicoanálisis, se inscribe en una historia de discursos, es este último que le confiere su lugar en el espacio social, y le asigna sus tareas.

Sin duda, la fundación, por Lacan, de su Escuela es, de hecho, anterior a la escritura de los matemas de los discursos; pero ella no lo es en su esfuerzo de rendir cuentas de la experiencia analítica por medio de un discurso inédito hasta Freud. Su aparición respondió a una realidad ella misma inédita, una forma del síntoma devenido intratable. En efecto, el síntoma no se origina a partir de Freud, él es correlativo de la propia existencia de la palabra. Aún,

fue necesario poder reconocerlo como tal para poder esclarecer retrospectivamente los avatares históricos.

Así, el discurso del amo y el de la histérica son solidarios en su modo de afrontamiento. El orden significante impone esa división, que corresponde a un corte sin remedio entre el representante y lo representado. Consecuentemente, el discurso del amo que reposa en el consentimiento al Uno que se exceptúa, nunca va sin la parte de sombra del sujeto, con que se adorna la histérica para completarlo.

Esos dos fueron suficientes por un tiempo para ordenar el mundo, pero, frente a la descomposición del imperio del Uno, el amo, para continuar hablando en nombre de todos, ha debido refugiarse detrás del saber.

El discurso universitario es entonces, una “regresión” frente al esfuerzo de verdad al cual la histérica hacía su llamado. El sujeto ahí se encuentra cortado de la verdad, en un sufrimiento devenido inarticulable, y por lo tanto, inaudible. Así, deslegitimada, ella se tornó más estridente en la medida en que la ciencia, devenida cálculo contable, borraba los interlocutores posibles, sacerdote y médico.

Es entonces que un nuevo interlocutor le ha nacido al sujeto, el psicoanalista, obviamente. Padeciendo como la histérica de las violencias del nuevo amo, él ha sabido escucharla y restituírle la razón.

El proyecto de Freud ha sido el de hacer que las nuevas violencias de la civilización fuesen más soportables, inclusive, atenuarlas. Podemos decir que él logró cambiar la mirada de su época sobre el género humano, sus motivaciones y sus realizaciones, suscitando así expectativas tal vez desmesuradas. Hoy, el discurso del mercado triunfante deshace cada vez más los lazos tradicionales.

Al contrario, Lacan nunca promovió, en nombre de Freud, un ideal colectivo; por el contrario, él insistió sobre el lazo de uno por uno, sin embargo, fundó la Escuela. Un colectivo entonces, que él quería que fuese inédito, en la medida de la novedad del discurso analítico, integrando sus adquisiciones en su funcionamiento, hasta la selección y la garantía de los analistas.

Esta preocupación por la coherencia apuntaba no solamente a su funcionamiento interno, sino también, a la función que Lacan le atribuía al psicoanálisis: una función contra el malestar en la cultura, de la cual la Escuela debía ser la base. Pero que sea defender y preservar su campo o conquistar un campo más amplio, que se limite a la perpetuación de la experiencia o que quiera tener peso sobre las elecciones de la ciudad, es necesario que él se haga escuchar como recurso.

Ahora, el malestar contemporáneo nos es conocido: La sed de la falta de gozar. En efecto, la originalidad del discurso capitalista, enunciado por Lacan como una performance, es la de proponer él mismo su propio tratamiento, en un circuito sin fin. Que lo sepan o no, los sujetos que él determina, están presos allí. ¿Cómo entonces el discurso analítico ser indicio de una solución diferente? ¿Por qué querer renunciar a la sed de la falta de gozar y sus tormentos enervantes, y en nombre de qué? Es claro que estamos hoy en un momento particular del psicoanálisis, y los modelos nos faltan para responder. Después de haber suscitado una credulidad casi dichosa entre quienes manejan la opinión, el psicoanálisis es de nuevo, el objeto de una fuerte sospecha, cuando no de rechazo, como si se tratara de una charlatanería. Ante la mirada de los métodos basados sobre la química de las interacciones moleculares y de las estadísticas, el neuro-complementarismo le disputa su lugar en el mercado.

El llamado a la intervención del psicoanalista padece, obviamente, de esta devaluación.

De dónde surgen entonces algunas preguntas:

- Qué es lo que dentro de nuestro funcionamiento de Escuela hace el relevo con pertinencia de cada uno de estos discursos
- – ¿Como en la Escuela controlamos nuestros procesos de selección y de garantía?, ¿cómo los situamos en el orden de los discursos, sabiendo que ninguno va sin los otros tres con los cuales cierra la ronda ordenada del deseo?
- ¿Cómo interviene allí, el quinto discurso, del capital, que deshace esa ronda para imponerse sólo?

- ¿Cómo puede el psicoanálisis ofrecer tratar los impases del sujeto, si el discurso contemporáneo se sustenta por no admitir ninguno?
- Entre el repliegue monástico, con su amenaza de fragmentación e impostura dedicada a la retorsión colectiva, ¿cuáles estrategias adoptar para conservar la reconquista del campo freudiano y lacaniano?

Traducción por

Clara Cecilia Mesa